

reses tiene, ideales no menos que materiales, es el eje de la política internacional de Inglaterra. Toda su política, desde el Atlántico hasta el Océano Indico, pasando por el Estrecho de Gibraltar, por el Mediterráneo y por el Canal de Suez, gira en torno de ese drama. Es el drama de una democracia que trata de evitar que el imperialismo militarista y despótico de Europa se abra paso hasta Asia, y aniquile, en Asia y en Europa, la idea de la libertad política y de la libertad económica, la doble idea que forma la base del marinismo británico.

IV

Inglaterra ó el Imperio libre.

Con el título de *Un Imperio libre en tiempo de guerra*, se ha impreso el discurso que pronunció el exministro inglés de Colonias, Mr. Harcourt, dando cuenta de la lealtad con que la gran familia de dominios, colonias de la Corona, protectorados y puertos militares y navales se agruparon en torno de la metrópoli en la hora crítica de peligro y necesidad. Es emocionante el celo con que estos remotos países, poblados muchos de ellos por razas de lengua y religión diversas, rivalizan en ayudar á la materna Inglaterra con las fuerzas disponibles: militares y navales unas veces, económicas otras. El hecho es conocido ya; pero fuera de Inglaterra, y aun en la misma Inglaterra, pocos sospechan su alcance material y su significación ideal. Es un hecho sobre el cual conviene insistir, no sólo porque á través de él se vislumbran las inmensas fuerzas

militares y económicas que palpitan tras la bandera británica, y de ese modo podemos mejor comprender el término fatal de esta guerra, sino también porque ese hecho mismo es el centro ideal de esta lucha gigantesca entre el gran Imperio libre Inglaterra, y el gran Imperio autocrático, Alemania.

Mr. Harcourt presenta el magnífico desfile de colonias que acuden á Europa cargadas de espontáneos obsequios para la patria de origen. Los primeros en sorprenderse son los mismos ingleses, que veían en sus territorios coloniales hijos mayores deseosos de vivir vida propia, lejos de la vorágine de la política europea. Aquí está Australia, la más autónoma de las colonias, trayendo al acervo común su marina y su ejército. El Canadá ofrece una fuerza expedicionaria dos días antes de estallar la guerra. Nueva Zelanda se apresura á hacer análogo ofrecimiento. Luego llega la India en procesión que parece creada por el ensueño, con sus príncipes fastuosos y sus temibles soldados. El Sur de Africa no envía fuerzas propias; pero el jefe del Gobierno, Botha, permite que el Gobierno inglés traslade sus propias tropas á los campos de batalla europeos, asegurando que él se basta para sofocar cualquier rebelión que pudiese brotar, no del sentimiento nacionalista, sino de la ambición personal de viejos jefes postergados. Y así lo cumple.

Otras colonias no son bastante fuertes para contribuir con barcos y soldados, pero ninguna tan pobre para no poder ayudar con oro ó con productos naturales. El Canadá, no contento con enviar hombres y armas, expide á Inglaterra miles de toneladas de avena, patatas, manzanas, harina, carbón,

queso, heno, caballos, salmón, etc. Australia remite vino dulce para los soldados heridos, manteca, ganado lanar y vacuno y 100.000 libras esterlinas para el socorro de Bélgica. De Victoria llegan jamón, carne de vaca, manteca, piñas, miel, leche condensada, calzado, trajes y cigarrillos. Nueva Zelanda, entre otras cosas, regala un aparato de rayos X, un monoplano, 12.000 esterlinas para la suscripción del príncipe de Gales y 40.000 para ayudar á Bélgica. La isla de Mauricio envía dos millones de libras de azúcar. Ceilán, Hong-Kong, las colonias antillanas, las islas Malvinas, todos contribuyen con su parte. Hasta las colonias y protectorados africanos han rendido su libérrimo tributo. "Noche y día, desde el 4 de Agosto —dice M. Harcourt—, me he visto abrumado con contribuciones casi desconcertantes por su variedad y cantidad, pero siempre espléndidas por su espíritu é intención." Un país con este cúmulo de reservas en las cinco partes del mundo es invencible por ley fatal de las cosas.

Pero no es la fuerza material lo que más sorprende, sino el vínculo ideal, libre, espontáneo que liga á esta larga serie de anillos coloniales con la metrópoli. Inglaterra no pidió nada á estos países distantes, á estas razas extrañas; era demasiado altiva para pedir y las colonias demasiado libres para sufrir exigencias. De este consorcio de dignidad y libertad surge este fuerte agrupamiento, nunca visto antes en la historia, timbre de gloria del régimen colonial inglés, triunfo insuperado de la idea federativa. Y esta es la última razón de ser de esta guerra: que Alemania no extienda por el mun-

do su sistema político-militar; que no lleve el régimen del derecho divino y de la espada insolente á pueblos que lo desprecian ó á territorios poco poblados aún, que pueden ser cunas de futuras democracias; que no quiebre con su pesado borceguí de sargento prusiano la fina, sutil, espiritualizada federación imperial constituida en torno de Inglaterra.

El Imperio federal británico es un alto ejemplo de colonización que Alemania no debe, ni, afortunadamente, puede, destruir, porque con su espíritu actual no puede superarle ni aun igualarle. Inglaterra defiende su espíritu de libertad y el espíritu de libertad de todos los pueblos; defiende también, no sólo sus colonias, sino la personalidad, la libertad de estas mismas colonias y los intereses generales del mundo entero en relación con ellas. No sólo quiere Inglaterra que sus colonias sean suyas, sino que sean también de sí mismas y de los demás pueblos. Todo lo contrario de las aspiraciones alemanas.

Por otra parte, esta solidaridad de libertad que une á Inglaterra y sus colonias, esta federación interoceánica, está preñada de inmensas posibilidades políticas. Si por encima de todos los mares es posible constituir una unidad ideal con pueblos de raza, lengua y religión diferentes, ¿cómo no ha de serlo llegar un día á la unidad de Europa? Y precisamente la base de esta unidad ha de ser la fuerza de Inglaterra. La unidad de Europa será un mito mientras en ella haya pueblos agresores y triunfales. Tan pronto como el ataque esté condenado de antemano á segura derrota, nada impedirá que los Estados europeos formen una comunidad política

ca. Por ser fuerte, Inglaterra frustrará esta vez la agresión alemana; si es fuerte, frustrará también en el porvenir la agresión de cualquier país que viole la paz de Europa. Su fuerza es, pues, garantía de paz y de libertad. Y no se diga, como se dice neciamente, que, á su vez, esa fuerza puede ser fuente de peligros para los demás pueblos. En una guerra injusta, el pueblo inglés hubiera abandonado á su Gobierno, y las colonias hubieran abandonado á la metrópoli. La fuerza de Inglaterra tiene, por lo tanto, por base un sentimiento de justicia y libertad. En una empresa de injusticia y de opresión, Inglaterra es el pueblo más débil de Europa. Lo prueba la guerra boer. La nación que ahora está aniquilando el inmenso poderío germánico, apenas pudo vencer entonces á unos miles de hombres. Es que faltaba el apoyo de todo el pueblo y la ayuda de las colonias.

No es extraño que en España se recele de Inglaterra y no se comprenda su genio. Es la suya una fuerza espiritual menos perceptible que la fuerza material y grosera de Alemania. Alemania es el gigante que en los circos encendía el entusiasmo de los esclavos y de los hombres y mujeres decadentes; un gigante sin alma. Inglaterra es el hombre casi incorpóreo que funda su fuerza, no en sus bíceps, sino en su espíritu. De ahí su invencibilidad.

V

Constantinopla, ó la clave del pangermanismo.

El centro de la guerra, á los nueve meses de comenzada, es el Oriente, y no el Occidente de Europa; el paso de los Dardanelos, y no el de Calais. Merece que los ojos se fijen en el bombardeo sistemático, bien preparado, que la escuadra anglo-francesa está realizando contra los fuertes que cierran la entrada del mar de Mármara. Si los aliados llegan á Constantinopla, los efectos militares y económicos inmediatos serán inmensos. Turquía quedará fuera de combate: Bulgaria, obligada á inmovilidad; Rusia, antes de que se deshielen los mares árticos, podrá recibir armamentos y municiones de sus aliados, y sus trigos inundarán los mercados de Europa y conjurarán el hambre en muchos países. Buen síntoma de ello es el rápido descenso del precio del trigo experimentado estos días en Chicago

al solo anuncio de que los buques anglo-franceses habían destruído algunos fuertes exteriores de los Dardanelos.

Pero la toma de Constantinopla por los aliados produciría consecuencias de inmensa gravedad para Alemania. La pérdida de Constantinopla es para los alemanes casi peor que la ocupación de Berlín por los rusos.

En rigor, el centro de la guerra no es Berlín, ni París, ni Londres, sino la capital de Turquía, que es, dejando á América fuera de la órbita de la política europea, la llave del mundo. Alemania comenzó su política oriental con el viaje del Kaiser en 1898 á Palestina. Desde entonces data su influencia en Turquía, tanto en lo económico como en lo militar. En realidad, Turquía es ya un Estado feudatario de Alemania. Pero no era Turquía un fin en sí, sino un lugar de tránsito y un punto de apoyo para la ejecución de planes más amplios y ambiciosos en Asia y Africa. La preponderancia del germanismo en el ruinoso imperio turco dió origen al ferrocarril de Bagdad, proyectado y trazado (incompleto aún) por alemanes. Este ferrocarril hubiera dado al comercio alemán la hegemonía en toda el Asia Menor.

La idea era extenderlo más tarde al Golfo Pérsico. De esta suerte, la expansión germánica hubiera invadido Persia, esa zona que tantas inquietudes ha suscitado entre Inglaterra y Rusia y que ahora defienden ambas denodadamente contra el enemigo común. La intrusión de Alemania en Persia hubiera sido un obstáculo á la expansión asiática de Rusia y, al mismo tiempo, un peligro para el dominio

de Inglaterra en la India. Esta ha sido una de las grandes fuerzas que han unido á Inglaterra y Rusia. Grande, secular era la rivalidad anglorrusa en Asia, é intensa seguirá siéndolo después de la guerra; pero la intervención de Alemania en los problemas asiáticos no podía sino agravarlos y ser un perpetuo peligro para el equilibrio europeo en Asia.

El ferrocarril de Bagdad, arrancando de Haidar Pasha, una ciudad pequeña de la parte asiática del Bósforo frente á Constantinopla, era la ruta terrestre de la expansión alemana en Asia. La ambición de Alemania no se limitaba á eso. Quería también extender su influencia á la Arabia, dominar en el Mar Rojo y herir al imperio británico en su corazón, esto es, en el Egipto. El término del imperialismo germánico era la India; todo lo demás, Austria, los Balkanes y Turquía, era el camino; y el Egipto iba á ser la encrucijada donde iba á sorprender y aislar de buen número de sus grandes posesiones á su enemigo mortal: Inglaterra. Los sueños del imperialismo alemán se extendían desde el mar del Norte hasta el corazón del Asia, dominando la vía líquida que separa á este continente del africano y gran parte del Mediterráneo. Y la clave de este gran arco era Constantinopla.

Si ahora los aliados logran izar sus banderas en Santa Sofía, todo este vasto proyecto se viene abajo. Claro que toda acción armada está condicionada por la totalidad de la guerra, y es aventurado considerar como definitiva una ocupación cualquiera en tanto no se concierte la paz. Sin embargo, bien puede asegurarse que, sea cual fuere el resultado de la guerra, nunca será tal que Alemania pue-

da obligar á los aliados á devolver Constantinopla á los turcos ó á cederle á ella su ocupación. Perdida Constantinopla para los turcos, perdida quedaría también para los alemanes. Y para los imperios germánicos perder Constantinopla y, consiguientemente Salónica, es perder también el Asia y las vías terrestres y marítimas que conducen á ella.

La conquista de Constantinopla por los aliados sería, pues, el mayor desastre que hasta ahora había experimentado Alemania. Con ello se le cerraban las puertas de Asia y se le quitaban los medios de herir un día mortalmente á Inglaterra en sus órganos vulnerables: la India y el Egipto. Perdería el ferrocarril de Bagdad y, por lo tanto, su influencia actual en Anatolia y su influencia futura en Persia. Los países balcánicos, sin el yugo turco, ganarían en solidez frente á los imperios germánicos, y la ambición de éstos de dominarlos sería, no sólo una imposibilidad inmediata, según todas las trazas de la guerra, sino una imposibilidad definitiva.

La pérdida de Constantinopla—pérdida que, repetimos, no podría anular ningún triunfo de Alemania en cualquiera otra parte del escenario de la guerra—dejaría á Alemania, en cuanto á su política mediterránea y asiática, en análoga situación á la que se hallaba al advenimiento de Guillermo II. Constantinopla era el centro vital de un imperio germánico en proyecto. Herido de muerte ese centro, toda la poderosa fábrica imaginada se vendría al suelo estruendosamente. Si á los gobernantes alemanes se les permitiera conservar su predominio anterior á la guerra en las dos Turquías á cambio de un paseo militar del ejército ruso por Berlín,

es probable que aceptasen la proposición. Pues Berlín no es más que la capital del imperio germano europeo, y Constantinopla estaba destinada á ser la capital del imperio germano-mundial.

VI

Teutonismo contra iberismo.

¿Cómo puede haber germanófilos en España? He oído repetidas veces esta pregunta. La respuesta es que no hay germanófilos, sino francófilos y anglófilos. ¿Y cómo es posible que en España haya francófilos y anglófilos? Sencillamente, porque los que lo son, la inmensa mayoría de los que lo son, sólo conocen á Alemania como una expresión geográfica. Esta es la conclusión: un latino no puede ser germanófilo más que por una ignorancia absoluta de Alemania.

Dejemos á un lado á aquella parte mínima de españoles que son germanófilos por amor sincero á Alemania. Nos referimos á los oficiales del ejército español que han votado sus simpatías por Alemania á causa de su admiración por el ejército alemán. Esto es ya comprensible. No se olvide que en este breve examen queda excluída toda consideración

urídica, toda idea de culpabilidad. Estamos en el primitivo reino del sentimiento, donde sólo impera el capricho, la ley psicológica del individuo y donde no se oye hablar nunca de una razón social ó colectiva. La mayor parte de los oficiales del ejército español admiran al ejército alemán porque lo creían invencible. Es posible que el término de la guerra trueque su desilusionada admiración en desdén. Es posible hasta que esto ocurra antes del término de la guerra. Unos cuantos meses de guerra nos han bastado para ver que la grandeza del ejército alemán era puramente cuantitativa, de masa: muchos soldados, mucha disciplina automática, muchas máquinas; pero escaso talento estratégico. Si los franceses é ingleses, con una fuerza inmensamente inferior, pudieron resistir á la avalancha alemana y hacerla retroceder definitivamente con un golpe maestro, ¿qué no hubieran hecho de haber sido sus fuerzas iguales ó aproximadamente iguales á las alemanas? Los primeros meses de guerra nos han enseñado esto: que la masa estaba de parte de los alemanes; pero el talento, de parte de los franceses. ¿Y no es más noble la admiración del talento?

Queremos examinar la razón de ser de otros germanófilos, de aquellos que nada admiran, que nada saben de Alemania, y són la mayoría en España. Ya se ha dicho, pero no será superfluo repetirlo, que estas buenas gentes son germanófilas por odio á Francia ó á Inglaterra ó á ambas. Su actitud se basa en un sentimiento negativo. Ahora bien: quien quiera estar á la altura de este formidable conflicto, debe fundamentar su actitud en un sentimiento positivo, en un sentimiento de solidaridad. He aquí el

gran rasgo de esta guerra: su inmensa fuerza de solidaridad. Dejemos ahora sus causas verdaderas, los móviles de los gobernantes que la prepararon y fijémonos en la postura de los diversos pueblos al entrar en ella. A las masas populares no les guía el interés ni el odio, sino el instinto de conservación, el sentimiento de solidaridad. Los rusos se mueven contra Austria por amor á sus hermanos de raza, los serbios; lo que inicialmente une á todos los alemanes, pobres y ricos, católicos y protestantes, doctos é ignorantes, militaristas y pacifistas, no es odio á Rusia, sino el miedo de Rusia, el amor a Alemania; igualmente lo que une á walones y flamencos en Bélgica, á republicanos y realistas, creyentes y ateos en Francia, á boers é ingleses, á lores y comunes, á nacionalistas y unionistas en el imperio británico, no es el odio á Alemania, sino el miedo de Alemania: el amor á las instituciones comunes, frente al peligro de instituciones extrañas, contrarias al espíritu histórico de cada nación. Nadie odia, aunque no falten gentes que escriban artículos y hasta himnos de odio, que es un odio falso y artificial, como la mayor parte de los sentimientos expresados en letra de imprenta.

Quien en este momento se deje llevar del odio y no de un sentimiento de afinidad, de solidaridad, de comunidad, es que no se ha enterado de lo que se disputa. No es esta guerra un episodio local, sino un acontecimiento universal, como la Revolución francesa ó las guerras napoleónicas. Sus efectos, no sólo inmediatos, en lo económico, sino lejanos en lo político, violarán todas las fronteras y modificarán drásticamente la vida interna de cada nación. Es una

guerra en que se juega el destino de los neutrales no menos que el de los beligerantes. De ahí la conveniencia de calcular qué triunfo, el de los imperios germánicos ó el de los aliados, sería más favorable á nuestra personalidad de individuos y á nuestra personalidad de nación.

Se comprende el odio de nuestros germanófilos por Francia; en el fondo, es el odio al espíritu liberal. Pero en Francia había también gentes que odiaban el espíritu liberal francés tan cordialmente como los francófilos españoles. Ese odio ha cesado ya, porque han visto que peor que el liberalismo de Francia sería el conservadurismo de Alemania. Y eso es lo que todavía no han visto los germanófilos de España. No les mueve más que el odio á Francia. Si diesen un paso más, el paso que todos hemos dado, y quisieran tomar una postura positiva, de solidaridad con alguien ó algo ante este conflicto, convirtiendo el odio por Francia en amor por Alemania, verían que ello les sería imposible. Un latino, por conservador que sea, no puede desear un régimen alemán para su país. El conservadurismo de un español, por ejemplo, aunque sea carlista, quintaesencia de la idea conservadora, es en el fondo un liberalismo limitado: quiere un régimen de autoridad, de fuerza, pero sólo en la esperanza de que en un régimen así, él, el conservador y los suyos, aunque los otros estén más sujetos, serán más libres. Es, pues, un conservadurismo oligárquico.

Pero el régimen alemán no es ni conservador ni liberal; no es una fluctuación constante de la libertad, sino la negación absoluta de la libertad; no es un régimen de oligarquías, sino el régimen de un

déspota, que está por encima de todos y de todo. En el fondo del carlismo, como del republicanismo, no hay más que una querrela oligárquica. Pero el germanismo, ó, mejor dicho, el *hohenzollernismo*, es el régimen de una casa gobernante hereditaria que no admite ninguna limitación á su soberanía. Consiente que sus súbditos se entretengan en toda clase de fabricaciones sociales; pero ella guarda la llave de todas. El partido católico del Centro, por ejemplo, es una hermosa máquina, capaz de deslumbrar á cualquier católico extranjero que desconozca su naturaleza; pero el maquinista de esa y otras máquinas que creíamos más independientes es el emperador. En el régimen político de Alemania, cada individuo es una simple tuerca, algo mecánico, desprovisto de personalidad. Y eso es lo que un latino no puede ser. Sean cuales fueren sus ideas políticas, la esencia de ellas es siempre el liberalismo: limitado para sí y para los suyos, si no le anima la generosidad; absoluto, para todos por igual, si no le mueve el egoísmo. Pero su espíritu busca siempre la libertad.

¿Cómo es posible que en España haya germanófilos? Sólo se explica de un modo: suponiendo que, en vez de vivir en tiempo de la guerra de 1914, viven en tiempo de la separación de la Iglesia y del Estado en Francia; suponiendo que viven del odio de una derrota, sin haber llegado aún á darse cuenta del peligro de una derrota inmensamente mayor. Claro que quien no haya vivido en Alemania, ni la conozca á través de los libros ó de su historia de este último medio siglo, no es fácil que se forme idea de su régimen político. Pero ya sus

actos durante esta guerra son una clara expresión del espíritu que la anima. Nada se diga de las pruebas abrumadoras, cada día crecientes, de su culpabilidad. Nada se diga de su táctica terrorista. Pero si la base ideal de nuestros germanófilos es su catolicismo, ¿cómo conciliar su actitud con la humillación que sufre en Bélgica la Iglesia católica bajo los cascos prusianos? Y no nos referimos sólo á la destrucción de catedrales é iglesias, en nombre de la eterna necesidad militar, ni al fusilamiento de tantos clérigos belgas. Esto no lo decimos nosotros, sino el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, en su última y ya famosa pastoral: "Sólo en mi diócesis sé que fueron muertos trece sacerdotes ó religiosos." Hay algo más grave que todo eso, algo que no se hubiera atrevido nunca á atacar la atea Francia. Ello es la soberanía espiritual de la Iglesia, la santidad del culto católico. En esa pastoral del prelado belga hay estas magníficas y valerosas palabras, dirigidas á sus diocesanos:

"No os pediré que renunciéis á ninguno de vuestros deseos nacionales. Al contrario, considero como una de las obligaciones de mi cargo episcopal instruiros acerca de vuestro deber frente á la potencia que ha invadido nuestro territorio y que ahora ocupa gran parte de nuestro país. La autoridad de esa potencia no es una autoridad legítima. Por lo tanto, en alma y conciencia, no le debéis respeto, ni fidelidad, ni obediencia."

La pastoral iba á ser leída el 1.º de Enero en toda la diócesis del cardenal Mercier. Pero los soldados alemanes lo impidieron por la fuerza. Entraron en las iglesias y á unos sacerdotes les obligaron á ca-

llarse y á otros los detuvieron. El mismo cardenal Mercier fué detenido.

Un ejemplo como éste hace claras las palabras de Chesterton cuando dice que hay que impedir que los prusianos toquen la querella de los grandes santos y de los grandes blasfemos. El más fanático de los católicos españoles estará siempre más cerca del más fanático de los ateos franceses que de un católico prusiano. En toda Europa, fuera de Alemania, se lucha por diferentes formas y grados de libertad, pero siempre por la libertad. Sólo en Alemania se lucha por diversas formas y grados de esclavitud, pero siempre por la esclavitud.